



Leopoldo Alas (Clarín)

La contribución

Tragicomedia en cuatro escenas

Escena I

Estación de Pinares. Al amanecer. El campo cubierto de escarcha. Mucho frío. El tren parado delante del andén. Algunos viajeros de tercera corren a la cantina, donde se sirve café malo, pero caliente. Muchos se soplan las manos, otros dan patadas fuertes contra el suelo, otros se pasean, mientras se les prepara el café. Los empleados, pocos y mal vestidos, de la estación, muestran actividad extraordinaria. Es que en un coche de lujo, en un break, viajan altos funcionarios de la Compañía y un Ministro, el de Hacienda.

UN VIAJERO DE 3ª.- (Enfermo, de color de aceituna, muy débil, vestido con un traje claro muy ligero; se acerca, andando y hablando con dificultad, al JEFE DE LA ESTACIÓN, que pasa con mucha prisa.)

¿Me hace el favor?

JEFE.- ¿Qué hay?

VIAJERO DE 3ª.- ¿Cuántos minutos para aquí?

JEFE.- ¿No lo ha oído usted? Cinco.

VIAJERO DE 3ª.- Pero como decían... que hoy... que se habían bajado unos señores que tienen que hacer ahí fuera... y se les esperaría...

Pensaba yo.

JEFE.- Eso no es cuenta de usted ni mía. (El JEFE desaparece sin oír las excusas del VIAJERO DE 3ª, que teme haber ofendido a aquel personaje.)

VIAJERO DE 3ª.- (A otro EMPLEADO de la estación.) ¿Se puede saber cuánto pararemos aquí?

EMPLEADO.- ¡Uf! Lo menos un cuarto de hora ¿No ha visto usted que se han apeado esos señores para ver las obras del puente? Lo menos un cuarto de hora.

VIAJERO DE 3ª.- (Con expresión de alegría y agradecimiento.)

Muchas gracias, muchas gracias... Pero ¿está usted seguro que un cuarto de hora lo menos?

EMPLEADO.- (Con el humor del JEFE.) Hombre, ¿quiere usted una hipoteca? (Se va.)

VIAJERO DE 3ª.- No, señor, gracias... Usted dispense... Basta la palabra... ¡Quince minutos! ¡Oh, sí, me decido! ¡Dios mío, dame fuerzas! (Con gran trabajo, respirando con dificultad, se dirige hacia... lo que no puede decirse.) (Lee:) Señoras... ¡Aquí no! (Da otros cuantos pasos con gran dificultad.) (Lee:) Caballeros. (Vacila; muestra gran desaliento.) No hay más... Sí, aquí debe de ser. (Desaparece.)

(Pasan tres minutos. Suena una campana.)

UNA VOZ.- Señores viajeros, ¡al tren!

(Los personajes del break ya han ocupado su coche. Al parecer tienen prisa. Uno de ellos se dirige al JEFE DE ESTACIÓN, que se cuadra.)

EL PERSONAJE.- Sí, sí; ahora mismo. Pite usted. El Ministro se siente mal y hay que llegar cuanto antes a la ciudad...

(El EMPLEADO de marras habla en voz baja al JEFE y señala al lugar por donde ha desaparecido el VIAJERO DE 3ª. El JEFE hace un gesto de contrariedad y se encoge de hombros. El PERSONAJE se retira de la ventanilla. El JEFE espera unos segundos. El EMPLEADO y algunos viajeros, que se dirigían corriendo al tren, hacen señas,

como de quien mete prisa a alguien, en la dirección por donde ha desaparecido el VIAJERO DE 3ª.)

EL EMPLEADO.- ¡Vamos, hombre, a escape...! Que se queda usted en tierra...

UN VIAJERO.- ¡Que se va el tren! (Suena el pito.) ¡Que se va!... ¡Ese pobre hombre!... ¡Que no puede!... ¡Que se cae!... Allá ustedes. (Monta corriendo en su coche.)

EL EMPLEADO.- Pero ¿qué le pasa? (El tren empieza a moverse.)

VIAJERO DE 3ª.- (Aparece, arrastrándose casi, con una mano apoyada en el suelo y otra sujetando la ropa. Lívido, aterrado, habla con voz debilísima; quiere llegar al tren, que marcha.) ¡Socorro! ¡Favor!.. ¡Ayudarme, ayudarme! ¡No puedo, no puedo!... (Toca con una mano el estribo, un mozo de la estación y el EMPLEADO de antes se precipitan hacia él para contenerle.)

EL EMPLEADO.- ¡Imprudente!... ¡Desgraciado!... ¡Que le arrastra, que le deshace el tren!...

VIAJERO DE 3ª.- ¡Por Dios!... ¡Arriba!... Quiero morir allá... en Cardaña... junto a mi padre... ¡Falta tan poco!... ¡Ayuda, arriba!...

MUCHAS VOCES.- ¡Imposible!... (Quieren ayudarle los de dentro y los de fuera. Se abre una portezuela, se tienden varias manos. Todo inútil. El tren sigue, el VIAJERO DE 3ª cae sin sentido en brazos del mozo de la estación. Todas las ventanillas, las del break inclusive, llenas de cabezas. Curiosidad inútil. El tren desaparece.)

VOCES EN EL TREN.- ¿Quién es? ¿Quién será?

OTRAS VOCES.- Dicen que es un soldado de Cuba que viene por enfermo...

Escena II

Cardaña. La estación. Mucho frío. Muy poca gente en el andén. Un VIEJECILLO ochentón, apoyado en muletas, rendido de fatiga se arrima a una columna de hierro y mira con ansiedad hacia la parte de Pinares, por donde va a llegar el tren. Llega el tren. Nadie se apea. ¡Un minuto de parada!, grita una voz. Suena inmediatamente una campana, luego un silbido, y el tren emprende la marcha.

EL VIEJO.- ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Nadie, nada... ¿Se habrá dormido? No, imposible. Es que no viene. ¿Dónde se ha quedado? Si debía llegar ahora, sin falta... ¡Enfermo, enfermo por el camino!... ¡Mi Nicolás, Nicolás!... Nada; no viene... y ya se aleja el tren... ¡No viene... no viene!... ¡Dios mío!...

EL JEFE DE LA ESTACIÓN.- ¿Qué es eso, señor Paco? ¿Qué le sucede?

¿Le han arrojado ya de su casa esos caballeros mandones?

EL VIEJO.- No... si ahora no es eso... No es la casa... Es mi hijo... Nicolás, que vuelve de Cuba muy enfermo, deshaciéndose... y debía llegar en este tren... ¡y nada!

EL JEFE.- Calma, hombre; vendrá mañana.

EL VIEJO.- No, no; ¡me da el corazón una desgracia!... ¡Hoy, hoy, era hoy!... Algo le pasó en el camino.

JEFE.- Vaya, que es usted el rigor de las desdichas. Pero ¿qué hay de eso? ¿Es verdad que le han vendido a usted la huerta y la chozuga por mal pagador, por rebelarse contra el comisionado?...

¡Ja, ja! Usted, señor Paco, siempre tan... faccioso. Pero ¿no sabe que el que no paga la contribución... la paga de todas maneras?

VIEJO.- Yo no podía pagar. ¡Les abandoné mi pobreza! Pero de mi rincón no me han echado todavía... ¡Ni me echarán! Quiero mi cama en mi choza para mi hijo, que viene enfermo de Cuba...

JEFE.- ¡Pero si le han vendido la choza, si ya no tiene allí nada suyo más que la cama!... Usted lo dice, se lo abandonó todo.

VIEJO.- (Irritándose.) Sí, lo abandoné porque no podía pagar trimestres y más trimestres... Me pedían un dineral... Una injusticia... Mientras pude trabajar, pagué a regañadientes, pero pagué; ahora, solo, baldado, inútil, sin trabajo... apenas como... y he de pagar... ¿Con qué? ¡Rayos! ¡Mi casa, la huerta!... Se la llevaron, bueno; ya es de otro... ¡Rayos! Pero si Nicolás llega enfermo, ¿dónde le meto? ¡Vive Dios! ¡En mi choza, en su casa!

JEFE.- Juicio, juicio, señor Paco. Con los mandones no se juega. No haga usted un disparate. Y salga, que esto se queda solo y yo me voy arriba.

VIEJO.- (Saliendo de la estación hacia el pueblo.) ¡Dios mío!

Pero ¿dónde está mi hijo? ¡Enfermo!... ¡Abandonado en el camino!... ¡Muerto, acaso muerto!

Escena III

La tarde del mismo día. Calle de aldea, solitaria, delante de la casucha del SEÑOR PACO. El ALCALDE y dos hombres mal encarados, vestidos a lo ciudadano, pero con mala ropa, se acercan al SEÑOR PACO, sentado a la puerta de su casa.

EL ALCALDE.- ¡Ea, señor Paco, esto se acabó! La paciencia, y todo, se acaba.

EL SEÑOR PACO.- ¿Qué quiere usted decir, señor alcalde?

EL ALCALDE.- Que estos señores vienen a tomar posesión de lo que es suyo. Que esta casa ya no es de usted. Que usted ha dejado que la Hacienda se incautase de sus bienes, y sin mezclarse usted en nada,

despreciando la ley, como si esta no tuviera que cumplirse, ha visto sin moverse que, paso tras paso, como pide la justicia, se fueran llenando todos los requisitos para dejarle a usted en la calle... Y ahora que eso ya es de otro, de este caballero que acompaña al señor comisionado, a quien usted conoce...

SEÑOR PACO.- Sí, demasiado.

EL ALCALDE.- Ahora que usted no tiene ahí dentro más que unos pocos muebles, ni quiere sacarlos, ni se va con la música a otra parte... y eso no está en el orden. Haber pagado a su tiempo.

SEÑOR PACO.- No tenía con qué.

EL ALCALDE.- Eso no es cuenta mía. Ni esto tampoco... Entendámonos: estos señores recurren a mí porque, por la presente, y a falta de mejor... postor... eso es, soy la fuerza pública, vamos al decir. Está usted ejecutado; la ley ya no tiene más que hacer... a no ser que quiera que materialmente se le eche a patadas...

EL SEÑOR PACO.- ¡Atrévase usted, señor alcalde!...

EL ALCALDE.- No, yo no. Es usted un pobre viejo. Pero vendrá la guardia civil, ya que es usted tan testarudo. Este caballero ya ha estado aquí tres veces. Tiene razón al quejarse de que no se le haya hecho salir de aquí a usted a su debido tiempo. Por lástima han hecho todos la vista gorda hasta llegar al último momento... Pero esta es la de vámonos. Tanto derecho tiene usted a estar en esta casa como en la mía. Yo, por motivos de orden público, digámoslo así, vengo a darle el último aviso por las buenas. Este señor ya está cansado de aguantarle... Conque, o deja usted libre la puerta... o vienen los guardias ¡y hay violencia!

EL SEÑOR PACO.- ¡Que venga un ejército! Que me maten... de aquí no me muevo. Espero a mi hijo... a Nicolás... que viene muy enfermo... ¡Dios mío! ¡Si llega! ¿En dónde le acuesto? Viene de Cuba, deshaciéndose... Mi cama es suya... ahí, en ese rincón donde nació... donde moriremos los dos abrazados... en nuestra casa, donde murió su madre, mi choza... mía, pese a todas las contribuciones del mundo. No pago porque no puedo... ¡pero mi casa es mía!

EL COMISIONADO.- Señor Paco, esta casa es de este caballero, que la ha adquirido del Estado en la forma que señala la ley y con todos los requisitos del caso; hace mucho tiempo que está usted aquí de sobra. Bastante se ha levantado el brazo. Si usted no hubiese sido terco... si hubiera pagado...

EL SEÑOR PACO.- (Sombrío, como trastornado.) Esta casa es para mi hijo... Ahí, en esa cama moriremos los dos... abrazados... ¡Si viene! ¡Si no ha muerto por el camino!

EL DUEÑO NUEVO.- Nada, nada; yo no sirvo para ver estas cosas. Que se cumpla la ley en todos sus extremos. Yo me voy y volveré cuando la fuerza me haya dejado mi propiedad libre de estorbos... Con Dios, señores.

EL ALCALDE.- Espere usted. Ea, tío Paco, ya se me sube a mí el humo a las narices. Aquí ya no hay civiles que valgan: yo soy el alcalde... y me basto y me sobro... Deje usted libre el paso... o me lo llevo a la cárcel...

EL SEÑOR PACO.- (Blandiendo una muleta.) Moriré aquí dando palos

al que se acerque... En muriendo los dos... ahí dentro, en esa cama, cargad con todo. Llevadnos de limosna al campo santo... y todo es vuestro. Pero me da el corazón, miserables, que si os abandono la choza antes que él venga... no vendrá, se habrá muerto en el camino, en el barco, entre las ruedas del tren, ¡qué sé yo! Si le aguarda su cama, en su choza... en el rincón donde nació... vendrá, sí, vendrá... ¡Se lo pido a Dios de rodillas!

(Se arrodilla temblando y apoyando las manos en el suelo. Silencio solemne. Aquellos cafres callan con respeto, relativo, a la desgracia y a la oración del anciano.)

Escena IV

Se oye el ruido estridente de las ruedas de una carreta del país. Aparece por la calleja que desemboca frente a la choza del SEÑOR PACO, una carreta de bueyes guiada por un ALDEANO y escoltada por dos civiles. Dentro de la carreta un bulto largo cubierto con un lienzo gris.

UN GUARDIA CIVIL.- Aquí es. Señores, ¿no vive aquí el señor Paco Muñiz de la Muñiza?

EL ALCALDE.- Ahí le tienen... A buen tiempo llegan, señores guardias... Yo soy el alcalde del pueblo, y este hombre...

EL GUARDIA.- Espere un poco, señor alcalde. El caso es...

EL SEÑOR PACO.- (Como iluminado por una revelación al ver la carreta, se dirige hacia ella, sin apoyarse en las muletas, que arroja; levanta el lienzo gris, descubre un cadáver y se abraza, entre alaridos, al muerto.) ¡Nicolás! ¡Mi hijo! ¡Mi Colasín!

EL ALDEANO.- (Al ALCALDE.) Se nos ha muerto en el camino. Es un soldado de Cuba que venía por enfermo. Se bajó en Pinares... no pudo montar en el tren... y se moría. Suplicó que por caridad se le trajera a Cardaña... a morir en su casa, junto a su padre...

EL SEÑOR PACO.- (Incorporándose airado, como un loco.)

¡Miserables, dejadme lo mío! ¡Ya pago, ya pago! ¿No me robáis porque no pagaba?... ¿Y ese hijo? ¿Y esa vida? ¡Alcalde, ahí tienes la contribución! ¡Entiérramela! (Con las manos crispadas señala al muerto.)

TELÓN MUY LENTO

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

